

COLOQUIO CON CHUCHI KRUKEMBERG

Sus versos recuerdan a Rosalía y a Antonio Machado

Cree que dentro de un año
habrá cien poetisas en Vigo...

Silandeiro me chamaches
pra que non ouvira nadies,
mais toda a xente xa sabe
c'andubemos a brincare.

Sinto centos d'axoueres
batindo nos meus oídos,
todos cantan o teu nome
nome do meu amoríño.

Queidaste chorando amorem
a o pe do monte da Pena,
¡Rapaza! Baixa cantando
q'as tristezas non se lembran.

Co cerco que ten a lua
heiche facer un anelo,
e co'a nebríña da maré
o velo do casamento.

Redobló la campana
en la iglesia del pueblo.
Era madrugada,
a misa tocaban.

Subí a la montaña,
y corriendo y saltando
soñé con las nubes
que pasaban.

Hablé con Dios, soñé,
las penas del alma,
Y oí en el silencio
que me llamaban.

Rompiendo los cielos
abrió la mañana.
Y bajé cantando
porque me esperaban.

¿Cómo son los versos de Chuchi Krukemberg?, preguntábamos al final de esta misma columna, en LA NOCHE del sábado. Y ayer mismo, la propia poetisa vino de Vigo a mostrarnos haciendo gala de toda su gentileza.

Venia acompañada del pi-

tor Prego —desconocido gran amigo nuestro— y de un primo de ella, uno de esos pocos auténticos hombres del Norte que de nacer en Galicia, suele ser en Vigo.

Cuando saludamos a Chuchi, ya se había esfumado cierto juvenil aire retador, que otros

Atlas en 
 el Toral

notaron en ella, cuando penetró en el periódico. No venía a hacer escenas y a darse por ofendida por imaginarias segundas intenciones adivinadas entre líneas, posición que caracterizaba de la menor originalidad. Venía sencillamente a enseñarnos sus versos.

Para hacer tiempo, para reñar el coloquio, fingíamos leer los versos ¿pero quién es capaz de enfascarse en la lectura de un poema ante su autor, por vez primera visto? Y si el poeta es Chuchi Krukemberg, ni Camalillo Fierros hubiese penetrado en las esencias de su lírica.

Momentáneamente tenía más interés estudiar, a la luz de sus respuestas, la singularísima personalidad de esta muchacha viguesa que en visperas de casamiento franquea con audacia las fronteras del anonimato.

Tarde o temprano tendría que darse a conocer públicamente su innato temperamento artístico. Ella hubiese querido ser danzarina...

—A los once años comencé a estudiar danza con el maestro Benedito.

—¿En Madrid?

—No, en Vigo, donde residí durante la guerra.

—Comencé a hacer versos a los trece años...

—¿Hubo alguna influencia literaria? ¿Una profesora, un amigo poeta, unos volúmenes de lírica?

—Nada. Hice versos espontáneamente. Noté un día, sorprendida, que cuando paseaba por la playa, o por el monte, mis pensamientos rimaban. Entonces los escribí.

—En castellano...

—Sí. Comencé a componer versos en gallego hace dos o tres años.

—Y ¿hablaba usted en gallego?

—No, jamás conversara largamente con alguien que lo supiese. Pero lo aprendí. Lugois, el estupendo pintor y poeta, me cedió una gramática. Ahora escribo con más gusto en gallego. Esos cantares, que usted hojea, son quizá lo mejor que hasta ahora compuse.

—Recuerdan a Rosalía, pero también a los brevísimos poemas de Antonio Machado. Note en ellos, más pensamiento que sentimiento. Algunos semejan sentencias.

—Si Araso sea muy cerebral

—¿No le gustaría dar un recital en Santiago, antes de irse?

—¿Si da tiempo?

Nos dió tiempo para hablar de una porción de cosas más. De Vigo y de las viguesas. Mas, sólo queda espacio, para una pregunta...

—¿Cuántas poetisas existen hoy en Vigo?

—Por ahora, sólo yo, pero dentro de un año habrá cien...

Y lo dice con el aplomo de quien está habituada a imponer la moda en la nórdica ciudad de la Oliva.

JULIO SIERRA